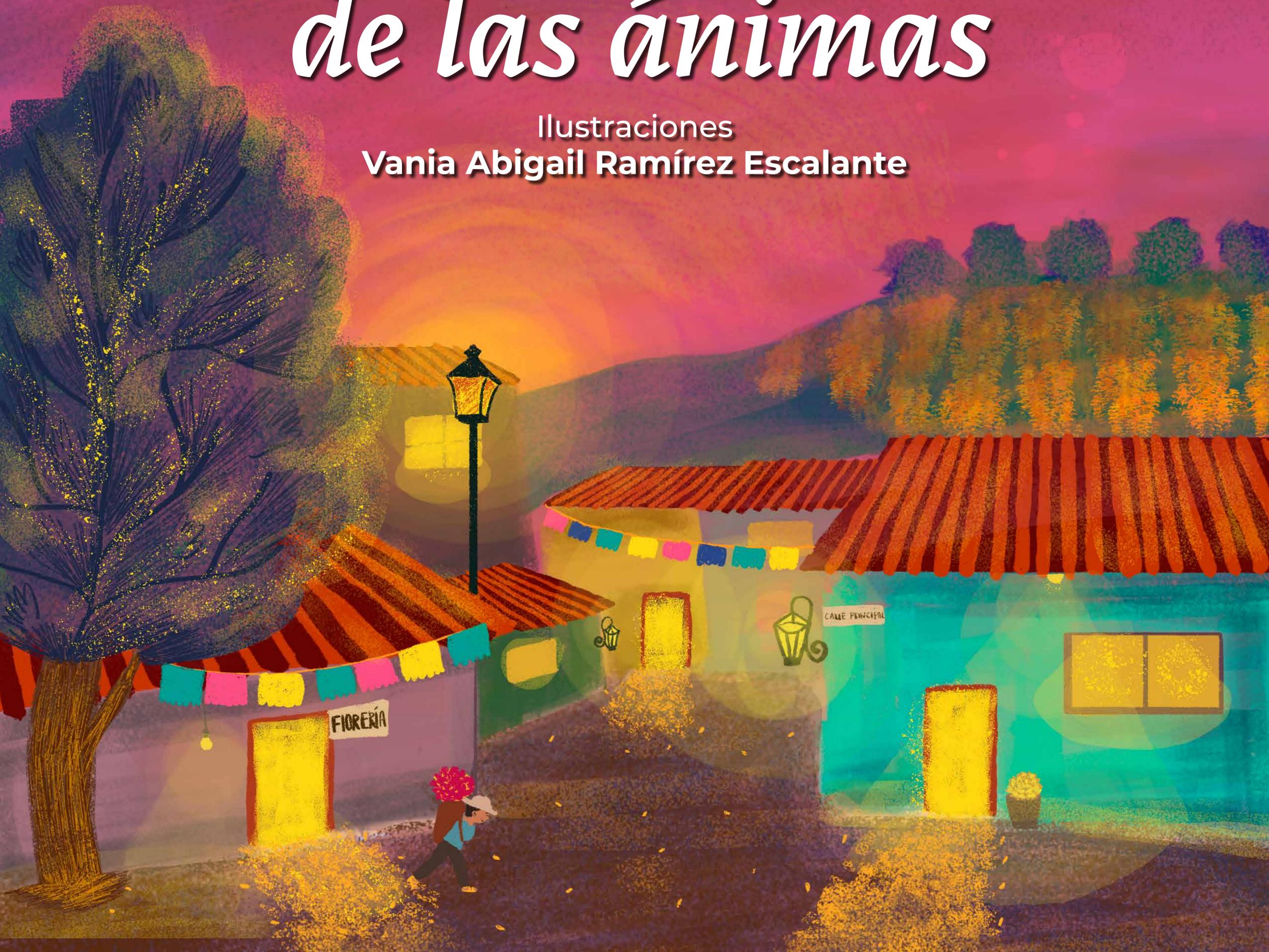


Dulce Isabel Rodríguez • Susana Elizabeth Baca
Stephanie Alejandra Mayén

El retorno de las ánimas

Ilustraciones
Vania Abigail Ramírez Escalante





**GOBIERNO DE
MÉXICO**

INPI
INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS

The logo of the Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI) consists of a vertical line with colorful, flowing elements at the top, resembling a traditional indigenous headdress or feathered ornament.

Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional
de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio
Cultural y Educación Indígena

José Luis Sarmiento Gutiérrez

Director de Comunicación Social

El retorno de las ánimas

Cuentos sobre la tradición del Día de Muertos entre distintos pueblos indígenas

**Dulce Isabel Rodríguez Lugo
Susana Elizabeth Baca Uribe
Stephanie Alejandra Mayén Ávila**

Ilustraciones

Vania Abigail Ramírez Escalante

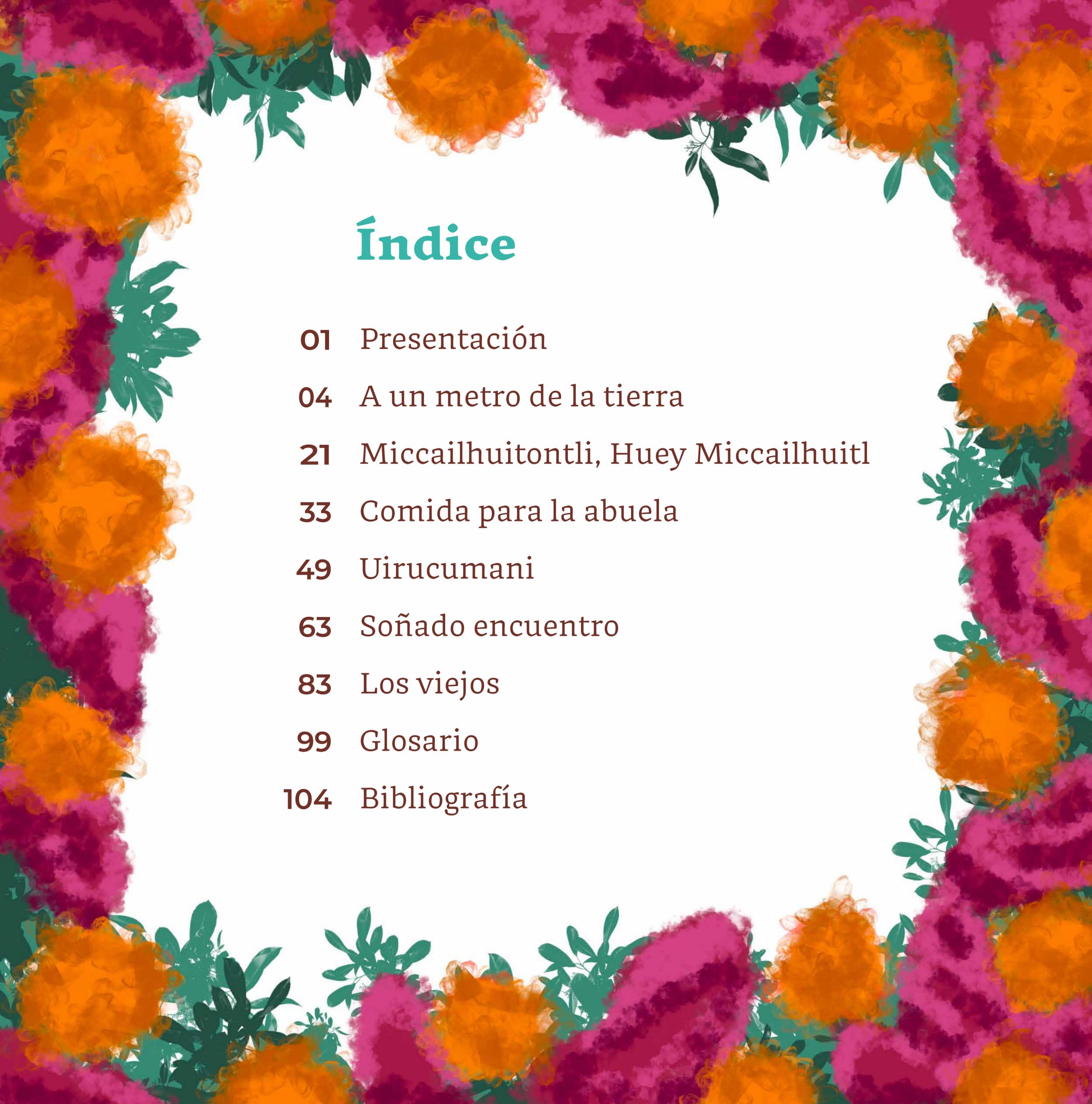
Diseño editorial

Velia Romina Otañez Hernández

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2022



Índice

- 01 Presentación
- 04 A un metro de la tierra
- 21 Miccailhuitontli, Huey Miccailhuitl
- 33 Comida para la abuela
- 49 Uirucumani
- 63 Soñado encuentro
- 83 Los viejos
- 99 Glosario
- 104 Bibliografía

Presentación

Querido lector, ¿quieres viajar un rato?, ¿sientes la calidez del clima?, ¿escuchas los cantos de la gente?, ¿percibes el olor de las flores y de esa comida tan rica?, ¿ves el brillo de los colores que iluminan todo el ambiente?, ¿ya pusiste tu ofrenda? Es más, dime, ¿sabes cómo se recibe a los muertos en otras regiones? Nuestro país es reconocido por su manera tan peculiar de convivir con todos aquellos que nos dejaron, pero que nunca se fueron, y en esta pequeña colección te presentamos las tradiciones de diferentes pueblos indígenas de nuestro país y sus maneras de festejar estas fechas. A través de seis hermosos cuentos visitamos distintas comunidades, y conocemos los rituales, ceremonias y ofrendas con las que se reciben al tan esperado Día de Muertos.

Este apasionante recorrido cultural inicia junto a Marta y Miguel, integrantes de la comunidad yaqui, quienes nos enseñan la realización del tradicional tapanco de madera al tiempo que ofrecen descripciones sobre las deliciosas comidas, hermosas flores, música y danzas tradicionales; en nuestra segunda parada visitamos a Ixchel quien, junto a su amiga Nicté, recorre un pueblo maya en busca de achiote, pimienta, cebolla y más ingredientes para cocinar el pib, platillo conocido como “el alimento de las ánimas”, mientras se inunda de los recuerdos de su difunta abuela en el camino; después, a un costado del Río Samaria, nos sentamos con Pedro, un abatido adolescente, quien recibe una inesperada y bella visita que lo ayuda a recobrar su fe en el Día de Muertos; asimismo acompañamos a Toñito y a don Juan en su conmovedor viaje desde la Ciudad de México a Michoacán; en el camino también nos encontraremos personajes entrañables como Francisco, la abuela Luci, Jesús y don Domingo.

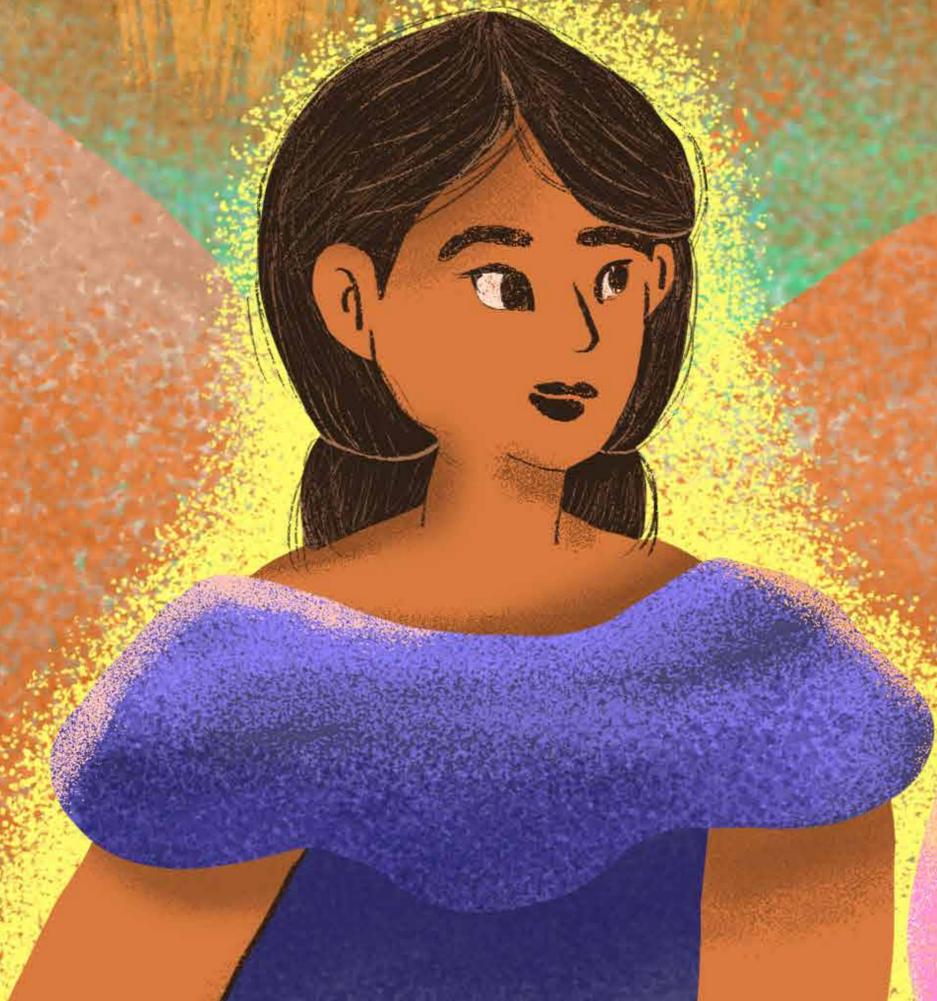
Por medio de estos breves relatos retratamos una parte de las tradiciones de algunos pueblos indígenas, tales como: los chontales, totonacas, yaquis, nahuas, purépechas y mayas. La muerte es algo que compartimos todos, pero cada persona posee distintas formas de lidiar con ella; el recuerdo de nuestros seres queridos nos permite entender la importancia de los rituales de cada comunidad y con este recorrido cultural podemos conocer algunas de las formas de celebrar el Día de Muertos a lo largo de nuestro país. Esperamos que tú, querido lector, te encantés con la lectura de estos cuentos hechos para tí con dedicación, así que no te hacemos esperar más, adéntrate y disfruta del viaje.

A un metro de la tierra

Los meses transcurrieron rápido, lo que años atrás fue un momento de profunda tristeza y pérdida familiar hoy se transformaba en recuerdos añorados. En medio de la siembra, con el sol golpeándoles los cansados y trabajadores hombros, dos mujeres hablaban con la misma familiaridad de todos los días, pero con un poco de melancolía:

—Lo extraño mucho, Rosita, cada vez que paso por el cultivo me acuerdo de mi esposo, lo veo regando el trigo o la linaza, con su sombrero amarillo; limpiándose el sudor con ese paliacate rojo que tanto le gustaba. Ya pasaron tres años de su partida y todavía lo siento cerca.

—Es porque sigue con nosotros, Marta, en el solar. Todavía se escucha su risa, esa que se echaba cuando jugaba con



Miguelito y los gritos que daba cuando veía una aakame, ¿te acuerdas?

—Sí, gritaba más agudo que nosotras, ¿te acuerdas? — contestó Marta con una ligera sonrisa— solo que aún no me acostumbro a despertar a Miguel y que cuando nos sentamos a desayunar, su padre no esté a su lado.

—¿Y cómo lo lleva tu niño?

—Va mejorando. No perdió las ganas de criar al ganado, a pesar de que su papá ya no está para acompañarlo; tampoco ha dejado de jugar con sus amigos, pero, por momentos, todavía lo llama. Ya sabes, por costumbre.

—Es normal, lo perdimos de un momento a otro. Una noche se enfermó y a la mañana siguiente tuvimos que despedirnos de él.

—A veces me pregunto si estará bien.

—No te preocupes por eso. Recuerda que cuando falleció llevamos el cuerpo de Fer a la cruz del perdón, ahí se

disculpó por todos sus pecados y pudo iniciar el camino al sewañia. Estoy segura que ahora en octubre su alma va a regresar para visitarnos. No te pongas triste, Martita. Él convive todo el año con la fauna y la naturaleza, se encuentra en paz, y de seguro también nos extraña.—Rosa le dio una ligera y suave caricia en la espalda para mostrarle su apoyo. Por su parte, Marta le regaló una sonrisa sincera, pero cargada de melancolía. Después de esa charla las dos mujeres continuaron con sus deberes y se citaron para hacer las compras del siguiente día.

A pesar de la melancolía que gobernaba el corazón de Marta, dejó su tristeza a un lado y se dispuso a arreglarse; optó por vestir una de sus mejores ropas durante los rezos, pero guardó sus rebozos y sus blusas favoritas para inicios de octubre, pues recibiría con su café favorito a aquella ánima que esperaba con tanto amor desde hace tiempo; además, reservó un atuendo especial para el primero de noviembre: una hermosa falda rosa hecha de brillante satín que iba acompañada de una blusa blanca

con encaje; al tiempo que miraba su aspecto esbozó una sonrisa imaginando lo bello que sería disfrutar junto a su esposo los platillos que le prepararía con tanto cariño. Y ahí estaba Marta, perdida en sus pensamientos, recordando felizmente al amor de su vida, hasta que escuchó a Miguel al fondo.

—¡Maala!—gritó el niño de apenas nueve años—Maala, ya revisé y no hay piloncillo.

—¿Y ya le preguntaste a tu abuela si ella tiene?

—Sí, pero dijo que no. Tenemos que comprar piloncillo para el café de mañana. A mi papá le gustaba el café muy dulce.

—Tranquilo, mi niño ¿qué te parece si nos acompañas a Rosa y a mí? Así nos ayudas a elegir las cosas que vamos a necesitar para el tapanco y todo para iniciar el Tolosanto.

Cada octubre, Rosa y Marta se reunían con la familia para iniciar los rezos del Tolosanto para los difuntos de la

comunidad; recorrían los hogares o visitaban las iglesias para efectuar las ceremonias; sin embargo, este año se sentía diferente, pues agregarían el nombre de Fernando al libro que alberga la memoria de los difuntos.

—¿Qué es un tapanco, maala?

—Es una parte muy importante en esta conmemoración, Miguel. El tapanco es una mesa muy alta, más alta que tú— mencionó Marta tocando la cabeza del infante—, donde los familiares y amigos colocamos alimentos deliciosos para que las almas de nuestros seres amados puedan disfrutar mientras están de visita a principios de noviembre.

—¿Y por qué no lo ponemos desde mañana? Ya casi es primero de octubre y lo podemos dejar todo el mes para que papá coma lo que quiera.

—No, cariño, no podemos modificar una celebración de más de 400 años. Pero ven, te voy a enseñar a tostar la harina de maíz para hacer el pinole, lo vamos a endulzar con un poquito de piloncillo y canela.

Mañana empezamos los rezos con todo el solar reunido, tomamos cafecito recién hecho y también preparamos los novenarios hasta el primero de noviembre para rezar por tu papá y toda la comunidad.

—¡Y el primero de noviembre haremos el tapanco!

—¡Así es! Pero hasta entonces vas a aprender todo lo necesario para hacerlo.

Los días transcurrieron con normalidad en el municipio de Guaymas, las familias recibían a sus seres amados por medio de rezos, misas y danzas; compartían pan recién hecho por las mujeres; vestían ropas coloridas para recibir a la muerte, poco a poco formaban el camino de las almas a través de los rosarios, las flores, colores, recuerdos familiares y hermosos cantos. Dentro de las iglesias se oficiaban misas de agradecimiento hacia los fallecidos, mientras que a las afueras de los recintos se presenciaba la magnificencia de los matachines del pueblo yoeme



que usaban vistosas coronas repletas de listones, pulcros trajes blancos que simbolizaban los escalones al cielo y ofrecían sus reverencias a la Virgen.

—Maala, ya va a empezar la última danza, ¿qué haces?

—Estoy sacando un poco más de pan, voy enseguida.

—Rápido, ya están entrando los coyotes.

En respeto a los difuntos, los bailes de conmemoración terminan con la “danza del coyote” que consiste en que los miembros de la comunidad ingresan a los solares vistiendo piel disecada de coyote adornada con plumas de gavilán, las cuales representan las batallas y la valentía de los guerreros.

—¿Qué es lo que tiene en el hombro, maala?— preguntó Miguel impresionado por la vestimenta de los danzantes.

—Se llama carcaj. Ahí guarda su arco de madera y las flechas para tirar. Debe portarlo porque así representa el honor de los guerreros que perdieron la vida en los com-

bates. Ahora escucha, están interpretando canciones sobre la vida del coyote y toca su tambor, presta atención. Tal cual lo dicta la tradición, los danzantes se presentaban en los solares para interpretar los rituales mortuorios y rendir homenaje a los difuntos, mientras las familias se preparaban para crear los tapancos para los inicios de noviembre. Durante todo el mes, Marta le enseñó a Miguel la importancia de planificar la ofrenda para recibir el alma de su padre, haciendo una lista con los elementos esenciales para su elaboración: fotos de los fallecidos, agua, sal, flores, algunas frutas dulces como el guamúchil y unos quelites cocinados al estilo sonorense, platillo que Fernando disfrutaba mucho en vida.

—¡Mañana es primero de noviembre, maala!

—¿Ya tenemos todo para colocar el tapanco?

—¡Sí! Solo falta decidir el lugar.

—Recuerda que los tapancos no se colocan dentro de

casa, Miguel, tampoco en las enramadas donde hacemos las ceremonias, hablé con tu abuelo y decidimos construirlo en el patio, al aire libre, donde podamos estar cómodos y hacer los rezos sin complicaciones.

—¿Le preguntaste al abuelo si puedo ayudar a construirlo?

—Sí, dijo que tú mismo cortarás los troncos de mezquite y te enseñará cómo hacer la mesa para la ofrenda.

—Haré el tapanco más bonito para que mi papá se sienta orgulloso y muy feliz.- A primera hora del día siguiente, Miguel comenzó los preparativos y, junto a su abuelo, se adelantó a cortar cuatro troncos de mezquite con toda la fuerza que un niño puede albergar en sus brazos para, posteriormente, clavarlos en la tierra.

—Qué queden bien firmes las horquetas, Miguelito. Arriba debemos colocar una cama de varas y si la base no está firme se puede caer toda la ofrenda.

—¿Por qué no colocamos la ofrenda en el piso, abuelo? Así ni el aire lo puede tirar.

—Las almas de nuestros seres queridos no pueden tocar el piso, Miguel, por eso, debemos levantar la mesa más o menos a un metro sesenta del suelo, donde ellos alcancen los alimentos y disfruten las bebidas que preparamos con mucho amor.

—Como el wakabaqui que está cocinando mi mamá. Un fogón está humeando mucho desde ayer.

—El wakabaqui no puede faltar. Un caldito de res nos viene bien a los vivos como a los muertos—dijo el abuelo mientras soltaba una risa estruendosa.

Con las cuatro horquetas en el suelo y la cama de varas de batamote lista para ser adornada, Marta puso por encima una manta bordada de color blanco y colocó los elementos necesarios para que su marido volviera a visitarlos en el que anteriormente era su solar. En la ofrenda también se encontraba la sal para purificar los cuerpos, muchas

flores para aromatizar la estancia de los seres amados, y agua para calmar la sed de las almas que recorrieron un largo camino.

—Maala, ¿cuál de estas fotografías ponemos en el tapanco? Me gusta una donde está en el cultivo pero también donde está con las crías de ganado.

—¿Por qué no ponemos ambas? Déjalas en la parte de arriba y ayúdame con la comida.

—Yo pongo la fruta y los cigarros de mi papá. Que Rosita ponga las bebidas.

—Trae los tamales y los dulces también, están en la mesa— gritó Marta a un pequeño que corría emocionado al interior de su hogar.

Con el pasar de los minutos, el tapanco tomaba protagonismo en el patio central del solar; tenía hermosas frutas, brillantes y coloridas; emanaba un olor fresco debido las flores recién cortadas y el toque amaderado de la

cruz clavada en el piso; irradiaba un calor cómodo por las velas que estaban al ras del suelo, iluminando no solo el camino de las almas, sino los corazones de la familia que anhelaba sentir conexión con sus amados difuntos.

—Maala, ¿por qué el señor Felipe está quemando su tambor? — preguntó Miguel a su madre, observando en dirección a una pequeña fogata, donde el hombre giraba con calma su instrumento, recibiendo el calor del fuego.

—No lo está quemando, Miguel, el tambor debe calentarse directo en la fogata para que adquiriera el tono perfecto y comience a interpretar la música. Ya casi llegan los rezanderos y las cantoras a bendecir el tapanco para que tu padre sea recibido de la mejor manera.

Los cantos comenzaron al unísono con la familia reunida delante del tapanco, rezando y agradeciendo la presencia de Fernando, quien se manifestó de manera encantadora en el entorno, haciendo volar pétalos de flores y acari-

ciando la mejilla de su hijo. Mientras los sonidos retumbaban en los oídos de Marta, ella sostenía con firmeza un retrato de su difunto marido, escuchando atentamente lo que Miguelito estaba a punto de decir.

—Achai, muchas gracias por venir a vernos, te extraño mucho pero sé que cada año vendrás a vernos. El ganado se encuentra más fuerte que nunca y todas las mañanas abrazo a mamá para que sepa que la quiero con el corazón, cuando sea más grande trabajaré en el cultivo como tú lo hacías. El próximo año haré un tapanco mucho más grande para que puedas comer todo lo que se te antoje—decía el pequeño mientras observaba la foto de su padre, limpiando con sus delgados dedos algunas lágrimas que se escabulleron debajo de sus pestañas. Así, al igual que cada año, la comunidad yaqui se reunió en los solares familiares brindando su cariño a las almas de sus parientes difuntos. Terminados los cantos del primero de noviem-

bre y con las veladoras consumiendo la parafina dentro de los vasos, comienza el desmantelamiento del tapanco, las familias se reparten los alimentos preparados anteriormente para los difuntos, sentándose en la mesa para compartir recuerdos, memorias y deliciosos platillos.



Miccailhuitontli, Huey Miccailhuitl

Francisco descansaba plácidamente en su habitación, con un ronquido apenas audible y acumulando cansancio debajo de los párpados. El día anterior concluyó una jornada agotadora, su madre, que en ese momento se encontraba pensando en los preparativos de Día de Muertos, le habría pedido recoger mandados de un lugar a otro: las flores más bonitas, ingredientes frescos para los platillos, veladoras intensas y un sinfín de materiales necesarios para organizar sus ofrendas.

El joven, con apenas 15 años y una ensoñación profunda, no previó la intensa horda de emociones que se aproximaba en su descanso onírico, pues ahí donde la vida tomaba un respiro las ánimas se manifestaron con respeto y precaución...



—Francisco, no te asustes—retumbaron las palabras en la cabeza adormecida del joven— ¿estás ahí, mi niño?

—¿Qu... qué? —Contestó adormilado, apenas consciente de su respiración.

El escenario de aquel sueño profundo modificó su oscuridad total para llenarse de luz y energía. Donde antes estaba la nada ahora se encontraba una mujer sentada en un tronco de madera rodeada de naturaleza montañosa. Luciana, abuela de Francisco, estaba presente en su descanso diurno, vestida con un precioso traje de acateca, bordado de flores vibrantes y fauna regional.

—¡Abuela, te extraño tanto! —gritó el adolescente dentro de su sueño—¿Qué haces aquí?

—Vine a saludarte para que no me olvides.

—Nunca, abuela. Siempre te recuerdo y mi mamá también, los dos te echamos mucho de menos, ¿vas a volver en Día de Muertos?

—¡Claro que sí! Quiero disfrutar toda la comida que me

he perdido en el año. Niño, ¿qué haces ahí? Acércate y siéntate conmigo.

Francisco recorrió el suelo descalzo, llenando sus dedos de tierra fresca; recibió entre sus delgados brazos el fuerte y reconfortante abrazo que dejó pendiente con su querida abuela.

—Abuela Luci— se separó un poco de su eterno abrazo— ¿cómo son las cosas cuando uno fallece? ¿Hay flores y animales como en la tierra?

—Claro que sí, Francisco. Convivimos en armonía con todos los animales que te puedas imaginar, tenemos flores preciosas y olores que te dejarían impactado. No te preocupes, querido, después de un largo tiempo conviviendo en el mundo físico, el descanso nos llega a través de preciosos paisajes y mucha calma.

—Se me hace injusto tener que esperar hasta noviembre para volver a verte. Deberíamos tener al menos dos ocasiones al año para reunirnos con nuestros seres amados.



—Sabes, querido, tal vez hay una manera de hacerlo.

—¿De verdad?! ¿Cómo?!

—Verás, hace muchísimos años la comunidad nahua celebraba el Miccailhuitontli y el Huey Miccailhuitl, ¿has escuchado de ellos?

—No, abuela. Cuéntame más.

El paisaje montañoso rápidamente modificó el friolento clima para convertirse en una escena de colores casi peliclescos, intensos, místicos; la tierra húmeda poco a poco se transformaba en tapetes de flores repletos de veladoras. Abuela y nieto miraron admirados las delicadas ofrendas llenas de comida acompañadas de recuerdos. Al fondo se vislumbraba un grupo de danzantes y mujeres que rendían tributo a sus seres fallecidos. En medio de la celebración, Luciana continuó con su cátedra sobre las fiestas que existieron en décadas pasadas.

—Todos los años, durante el mes de agosto, que es el

noveno mes del calendario nahua, nuestra comunidad hacía grandes fiestas en honor a los fallecidos y se llamaban Miccailhuitontli y Huey Miccailhuitl. En estas celebraciones se rendía ofrenda a los familiares y amigos que ya no estaban con nosotros, pero también se disponía un tributo a la naturaleza y a los dioses para permitirnos continuar con las siembras y los cultivos.

—Nunca había escuchado de ella, ¿cómo se celebraba?

— preguntó el joven con los ojos tan brillantes como las estrellas.

—Se esperaba que estas fiestas ayudarían al desarrollo de la agricultura, pues nuestros antepasados temían que las tierras murieran debido a las bajas temperaturas, entonces, toda la comunidad recolectaba las flores más hermosas de distintas especies y con ellas decoraban los templos haciendo cadenas divinas y hermosos adornos como muestra de respeto.

—¿Y en esa fiesta no hacían comida, abuela?



—Claro que sí y muy rica. Una noche antes al Miccailhuitontli las personas se reunían para elaborar varios platillos, hacían tortitas de maíz, y también cocinaban algunos alimentos con carne de perro, cerdo o guajol...

—¿Carne de perro?!

—No te espantes, Francisco, hace muchísimos años era común degustar comida que tuvieran carne de perro; eran seleccionados especialmente para su comercio y la gente lo veía como algo normal, las tradiciones han cambiado y ahora no es tan cotidiano escucharlo.

—¿Y por qué habían dos fiestas, abuela? ¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Hue Mi...Hey Mic...?

—Huey Miccailhuitl. Se conmemoraban ambas fiestas porque el Miccailhuitontli era únicamente para los muertos pequeños, es decir, para los jóvenes y niños que habían fallecido antes de llegar a su etapa adulta. A ellos se les celebraba primero, colocando no solo sus alimentos preferidos sino también juguetes y algún recuerdo que

tuvieran las familias; después estaba el Huey Miccaihuitl que era solo para gente como yo, adultos y viejos que tuvimos que despedirnos de nuestras familias. Incluso se dice que esta fiesta era en honor a los hombre que morían en guerras o a las mujeres que fallecían al momento de dar a luz. Cada año se conmemoraban estas fiestas y los guerreros disponían sus mejores trajes para realizar bailes y danzas en homenaje a quienes ya no estaban en el mismo plano terrenal que ellos.

—No lo entiendo, abuela, ¿entonces por qué debemos esperar a noviembre para hacer nuestras ofrendas? ---. Una vez más, el escenario onírico cambió. Ambos se encontraban admirando una ofrenda con flores, veladoras, agua, imágenes de los seres queridos, mucha comida y algunos objetos personales del difunto.

—Se piensa que esto cambió con la llegada de los conquistadores españoles. Algunas creencias se modificaron en nuestra comunidad y en lugar de celebrar como

normalmente se hacía, ahora se conmemora a los “Fieles Difuntos” y a “Todos los Santos”; sin embargo, el primero de noviembre puedes recordarlo como el Miccailhuitontli, en honor a los niños, y el segundo día del mes como Huey Miccailhuitl, así sentirás más cerca tus raíces, por ahora debes descansar bien porque en unos minutos tu madre te despertará para comenzar con los preparativos de las ofrendas. Adiós, mi niño. Nos vemos después.

—Francisco—dijo una voz femenina con prisa en sus palabras—ya despiértate, ayúdame a prender la leña que se nos va a hacer tarde para recibir a Mamá Luci.



Comida para la abuela

—¡Nicté, Nicté, despierta! —escuché, cada vez más cerca, una estruendosa voz que me llamaba; abrí los ojos y era Ixchel, mi amiga de toda la vida. El sol aún no salía así que imaginé que eran alrededor de las cinco de la mañana, pero ella ya estaba ahí a un costado de mí para despertarme y acompañarme.

—Amiga, ya levántate. Mi mamá me mandó para ayudarte con los preparativos—Ixchel insistía mientras me zangoloteaban el brazo.

—Por favor detente, todavía me cuesta conciliar el sueño.

—Entiendo, pero no podemos perder ni un minuto, nunca quisiste aprender con tu abuela así que tenemos que ayudarte-. Cuando mencionó a mi abuela un vuelco invadió mi corazón.

—Ay, mi viejita chula —volteé mi mirada hacia Ixchel, con mis ojos tristes buscando los suyos, ella entendió lo que



sentía y me ofreció un reconfortante abrazo; con sus manos frotó mi espalda ofreciéndome un poco de calor, como si intentara sanar aquel pesar que yo cargaba desde hace un año.

—Sé que la extrañas, pero ten por seguro que vivió de la mejor manera posible durante el tiempo en que permaneció sobre la tierra.

—No tengo dudas de eso. Me conforta saber que yo sigo aquí para cocinar su pib, ¿pero qué va a ser de mí ahora que tengo que ofrendar a una persona más?

Cuando era apenas una niña, mis padres fallecieron en un viaje a un pueblo cercano, mi papá acompañaba a mi mamá para vender sus bordados. La gente decía que nadie bordaba un hipil como ella, los que hacía eran los más bonitos, así que decidieron viajar a otros pueblos y probar suerte. Su esperado regreso se quedó en un anhelo, como era muy pequeña tomó tiempo que comprendiera

que no los volvería a ver. Mi abuelita, esa viejita hermosa, me decía que la acompañara a ofrendar y rezarle a mis padres, siempre me negué a la idea de aceptar la partida de la gente que adoraba.

Aunque nunca me interesó lo suficiente aprender el legado cultural que mi abuela me dejaba, siempre la acompañé al panteón, fue en ese lugar donde conocí a Ixchel, ella, a diferencia de mí, siempre ayudaba a su mamá con las flores y veladoras; me decía que, aunque hay ritos dolorosos, agradece que exista una forma de que las ánimas de sus familiares puedan volver a casa.

—Nicté, cómete tu pan y tu atolito, tenemos que comprar todos los ingredientes antes de que mi mamá venga— Mi amiga tomaba unos costales y unas canastas, se preparaba para nuestra visita al mercado.

—No recuerdo todos los ingredientes ¿Sabes qué debemos traer?



—Por eso mismo vine, si no te acompañó probablemente se te olvidé algo— Luego de escuchar eso, le di un último sorbo a mi taza y nos fuimos. Durante el camino Ixchel recitaba una y otra vez la lista de las cosas que teníamos que comprar para el pib.

— Masa de maíz, pimienta, achiote, epazote, cebolla, chile, manteca, ajo...— decidí no interrumpirla porque podría olvidar algo.

—También necesitamos una gallina, a mi abuelita le gustaba mucho, igual que a mis padres. —Le dije a Ixchel mientras comprábamos el maíz para preparar masa.

—Mi mamá se encargará de eso, ella aprendió de tu viejita a cómo elegir la mejor gallina para el Hanal Pixán. Te puedo asegurar que comerán muy bien y se sorprenderán de que hayas aprendido a hacer el pib.

—Te confieso que estoy arrepentida de no haber aprendido las costumbres de mi abuela, pero al mismo tiempo

me siento afortunada de tenerlas a ustedes que aprendieron tanto de ella.

De regreso a casa, Ixchel me recordó que nuestros antepasados veían el tiempo como un ciclo, los más viejos nos decían que la Tierra era vista de una forma rectangular en la que existían trece cielos y nueve mundos inferiores; los primeros asemejaban a las ramas de árboles mientras que los mundos lucían como sus raíces. Así la vida, llamada Pixán, estaba entre ellos y rotaba por medio del tiempo. Recordaba todo eso al tiempo que llegábamos a casa donde la mamá de mi amiga limpiaba la gallina que se usaría en el platillo.

—Ay, mamita hermosa, perdón por tardar, pero en el camino se me antojó un elote asado y, entre la comedera y el chisme se nos hizo tarde.

—Su hija es todo un caso, señora; madrugó para llevarme temprano al mercado, ¿usted creé? Además, como

conoce a todo el pueblo, siempre quiere comprarles aunque sea un poquito para ayudarles con su día. Cuando llegamos con doña Mónica esperamos mucho, le dije que podíamos volver más tarde, pero quiso esperarse para comprar las flores más bonitas, según ella. —le platicaba a la señora Ketzaly, mientras sacaba todos los ingredientes para empezar a preparar el pib.

—Bueno, esas flores son para tu abuelita. Ella merece todas las flores del mundo por haber cuidado por tantos años de mi gran amiga.

—Esta vez le doy la razón a mi hija. Nicté, no importa el tiempo que se tardaron porque al final trajeron las flores que tu abuelita merece. —Se acercó a un mueblecito junto a mi cama, tomó la foto de mi abuela y la miró fijamente por un tiempo. —Bueno, ahora sí hay que apurarnos, se nos va a hacer tarde y todavía falta hacer el hoyo en la tierra.

Mientras doña Ketzaly hacía la masa e Ixchel ponía las hojas de plátano sobre la leña para dejarlas suaves, yo sazonaba la gallina para ponerla a cocer y después echarle recado rojo.

—Recordé que a tu abuela le gusta el pib con frijol negro, ¿verdad? Tráeme unos cuantos para ponerle a la masa. Espero hacerlo igual de sabroso que ella, no quiero que se decepcione de mi sazón.

—¿Sabe? En ocasiones, cuando la veo a usted también puedo ver a mi abuela, incluso podría decir que es como su hija—se detuvo, me miró fijamente y luego me sonrió.

—Ay, hija, si supieras lo agradecida que estoy con esa viejita chula. Ella cuidó de mí como si fuera mi mamá. Tú sabes que antes de tu abuela tuve una vida algo solitaria, mis padres murieron cuando yo tenía apenas ocho años y estuve de pueblo en pueblo hasta que un día llegué a este bonito lugar, así conocí a tu abuela y a tu madre.

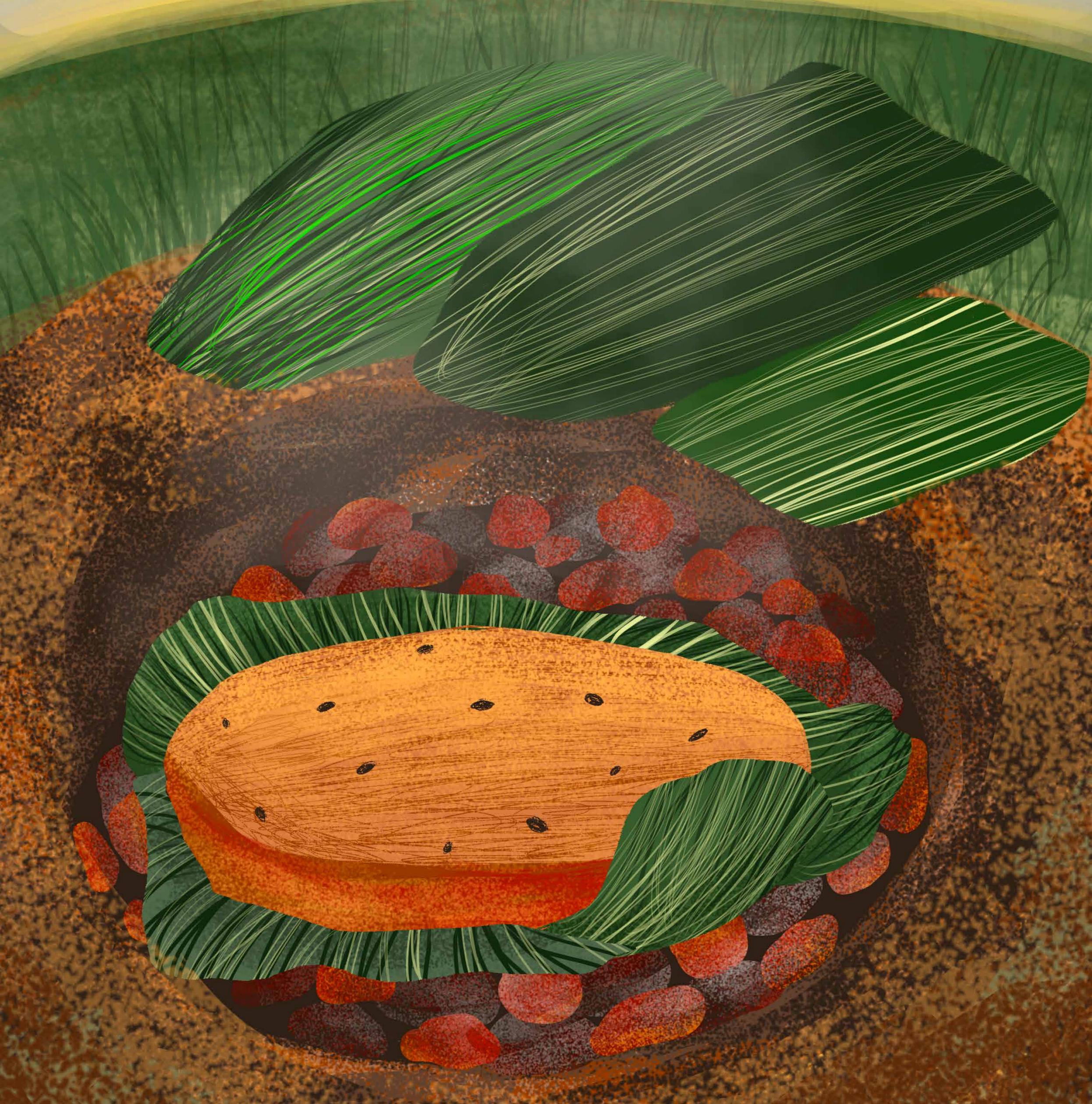
—¿Por eso decidió quedarse aquí?

—Así es. Tu abuela me brindó techo y comida, también nos decía que el Pixán era el alma, esa alma era un regalo de los dioses, su deber era estar durante un periodo en la Tierra, disfrutar de la vida por un tiempo y finalmente volver al inframundo, la región de la muerte, ahí el espíritu de nuestros seres queridos pasaría a ser inmortal.

—¿Por eso es que cada año, aunque te enfermes, pones ofrenda? —preguntó Ixchel mientras cortaba hilo del tallo de la hoja de plátano.

—Mis padres eran almas solas, no tenían un lugar ni una familia a la cual regresar, por eso desde que aprendí sobre el Hanal Pixán ofrendo a tanto a mis padres como a aquellas ánimas que no tienen a donde llegar.

Después de conversar sobre los difuntos padres de doña Ketzaly, fuimos a escarbar un hoyo en la tierra, prendimos leña dentro de él, pusimos algunas piedras hasta que quedaron al rojo vivo, sobre ellas, dejamos el platillo



para que cociera bien, al final, tapamos todo con hojas y un costal para cubrir todo con tierra, y lo dejamos unas horas hasta que estuvo bien cocido.

—Doña Ketzaly, en lo que se cocina el pib voy a poner el altar ¿le gustaría que lo pusieramos juntas?

—Me parece una gran idea, que Ixchel te acompañe para que lo hagan juntas mientras yo limpio aquí.

Ixchel fue a su casa a buscar un mantel blanco mientras que yo limpiaba la mesa. Entre las pocas cosas que aprendí de mi abuela, lo que más disfrutaba era poner la ofrenda. Ella me explicó que hace mucho tiempo se ponía solamente una mesa porque las cuatro patas representaban a los cuatro dioses de los cuatro rumbos del mundo, pero con el tiempo eso cambió, entonces la gente comenzó a poner altares escalonados.

—Nicté, toma. Ya venía, pero olvidé la cruz así que me regresé y como no quería tardar tanto me vine corriendo.

—No hay prisa, vamos con tiempo, la noche aún no cae y antes de la visita de nuestros familiares primero es el Chichán Pixán. Luego de poner nuestra ofrenda podemos ir a la del pueblo a dejar unos juguetes para los niños difuntos.

—Me parece bien, traje velas de colores para ellos y por aquí traje un balché ¿Qué te parece si en el Nohoch Pixán tomamos unos tragos en nombre de nuestra viejita linda?

—Primero terminemos esto, te vendrá a jalar los pies si no le dejas ni un trago, recuerda que le gustaba beberlo en ocasiones especiales.

Ixchel y yo acomodamos la ofrenda, sobre la mesa pusimos la cruz que representaba la ceiba sagrada que indicaba el camino a casa, también colocamos jícaras de atole, agua, balché, velas blancas, flores xpujuc, el pib que nos tomó todo un día, y también un poco de xec. Al terminar,

como dije, fuimos al pueblo para dejar algunos juguetes, veladoras de color y un poco de comida para aquellas ánimas que no tienen a donde llegar. Nos despedimos con respeto y regresamos a nuestras casas.

Durante la noche siguiente traté de dominar mis emociones, pero al final la melancolía me volvió a invadir. La vida es muy curiosa, el año pasado ponía la ofrenda con mi abuela, Anayansi, la mujer que cuidó de mí después de la partida de mis padres al inframundo, y ahora la ponía para ella. La extrañaba tanto que fue inevitable no derramar lágrimas y recordarla en cada momento; en la comida, en mi atole de las mañanas, en los bordados del hipil, en el pib y en el xec; en todo eso que me enseñó y en lo que me faltó aprender.

Luego de agradecerle a doña Ketzaly y a Ixchel, regresé a mi casa para dormir y esperar a mi bonita familia en sueños, para que mi viejita me contara cómo le fue en su camino al inframundo y el reencuentro con mis padres

después de verlos por tantos años en el Hanal Pixán.
—Abuelita Anayansi, si esta noche vuelvo a verte, quiero decirte que ahora estoy mejor; no te preocupes por mí porque tu nieta querida nunca estuvo sola, tengo una hermana y una tía que me enseñan todo lo que aprendieron de tí. Prometo que para el próximo año haré más platillos, y que con el tiempo mejoraré mis habilidades para cocinar. Mañana también iré al panteón para llevarte flores, las más hermosas. Avísale a mis papás, por favor. Nicté quedó en un profundo sueño y el Nohoch Pixán comenzó. Con los olores del incienso y las flores de muerto, las ánimas visitaban sus casas guiadas por velas que la gente colocó en las calles. Anayansi, su hija y su yerno llegaron a casa a comer lo que su querida nieta les preparó con tanto amor y devoción.



Uirucumani

En una unidad habitacional ubicada al oriente de la Ciudad de México vivía un adolescente llamado Antonio, Toñito para los conocidos, aquel muchacho era testarudo y le gustaba molestar a los vecinos, pero el único que toleraba su arrebatada forma de ser era don Juan, un señor de 70 años que lo veía como su nieto. Don Juan llegó de Michoacán un día, luego de que su esposa muriera a causa de un tumor cerebral, migró a la Ciudad en busca de sanar la ausencia que dejó su partida, ahí fue cuando conoció al niño, desde entonces se hicieron inseparables acompañándose durante sus desolados días.

A finales de octubre don Juan siempre regresaba a su pueblo, decía que tenía que ir a limpiar su casa porque su esposa iría a visitarlo durante la Noche de Muertos. En los

pocos años que lleva conociendo a Toñito jamás accedió a llevarlo con él; sin embargo, en esta ocasión tomó la iniciativa de invitarlo a su pueblo. Creyó que sería agradable después de todo.

—Toñito, apúrate. Se nos hace tarde y el camión nos va a dejar — decía don Juan mientras presionaba al muchacho que terminaba de alistar su maleta.

—Ya voy, solo estaba buscando mi chamarra por si hace frío en el camino. Ya vámonos abuelo, quiero conocer el pueblo donde vivías.

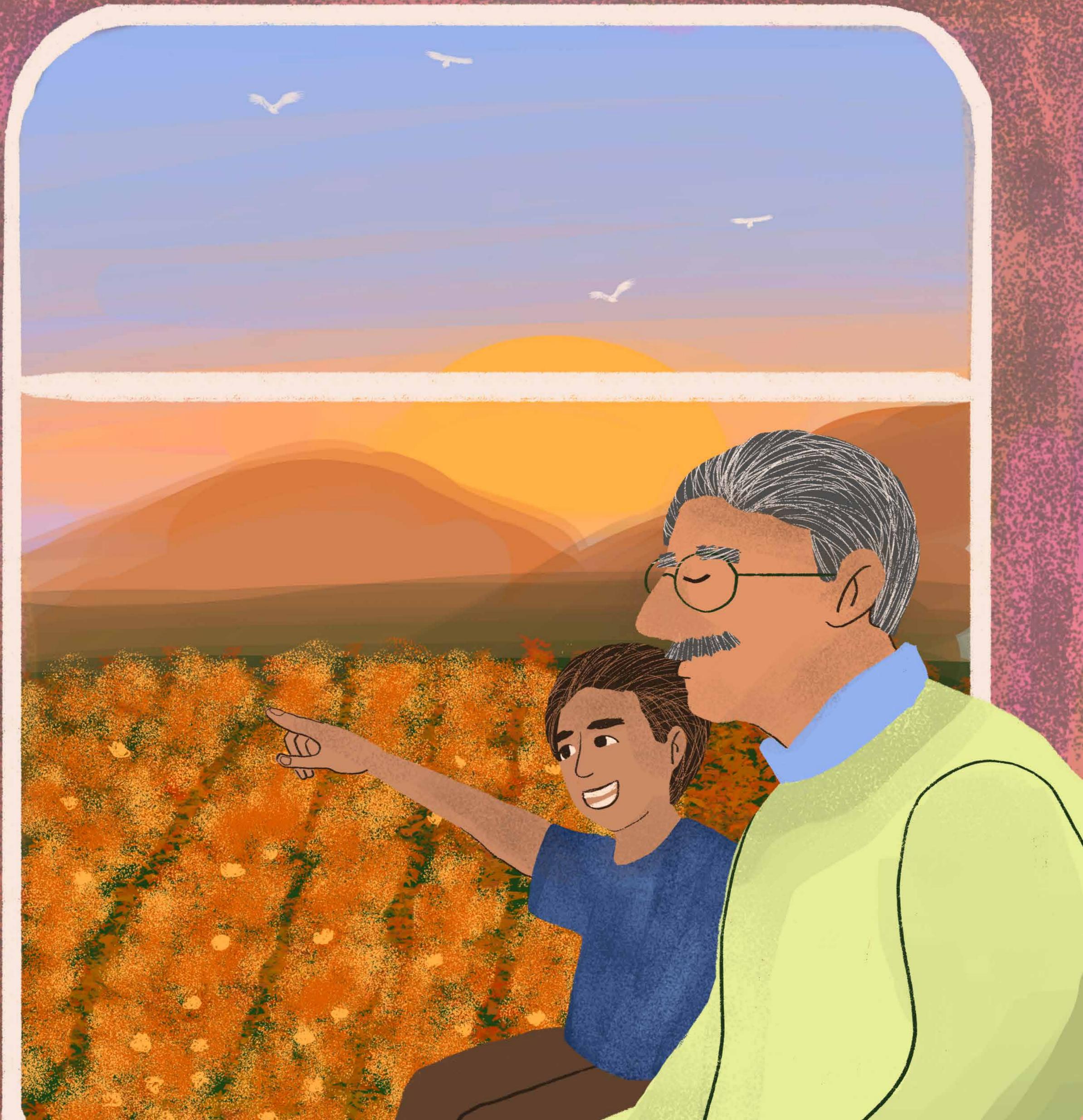
Tras su apresurado camino rumbo a la central de autobuses, ambos lograron alcanzar a tiempo el camión; una vez ahí, tomaron sus lugares y suspiraron profundamente intentando recuperar algo del oxígeno perdido luego de correr una larga distancia con las maletas en mano. Durante el viaje, Toñito miró los verdes y tranquilos paisajes que le ofrecía el camino. La festividad del Día de Muertos,

como siempre, se sentía alegre, en el aire se percibía el característico olor a cempasúchil proveniente de los cultivos que se apreciaban a los costados de la carretera.

—Abuelo, siempre he tenido una duda ¿Por qué, siempre que viajas en esta fecha, te vas con una cara triste, pero vuelves con una de felicidad?

—No es tristeza, muchacho, es melancolía. Los recuerdos me invaden en estas fechas y son tan bonitos que me llenan de felicidad, por eso vengo año con año para mantener latentes los momentos que este viejo olvida con el tiempo.

—Hace mucho te escuché hablar en tu habitación frente a la televisión, pasaban un reportaje sobre arqueología, decías “sí” con la cabeza como si estuvieras hablando con ella. — don Juan miró sorprendido a Toñito. Recordaba eso. En aquella ocasión el programa hablaba sobre como los antiguos tarascos concebían el universo en tres



partes: el Avándaro correspondía al firmamento; Eche-
rendo se encontraba en la tierra, y Cumiehchúcuaro per-
tenecía a la región de los muertos, localizada debajo de
la tierra. —¿Pero sabes algo? Nunca entendí cómo sabías
tantas cosas. Hoy me volvió a surgir la duda.

—¡Ay chamaco! ¿Llevamos seis años conociéndonos y no
tienes idea de dónde vengo?— don Juan colocó su mano
sobre la cabeza de Toñito revolviendo su cabello. —Mi vie-
jita y yo somos originarios de Santa Fe Laguna, allá por la
cuenca del Lago de Pátzcuaro. En nuestra cultura se creía
que cada región estaba habitada por diferentes dioses; en
el firmamento se encontraban los astros y las aves, mien-
tras que en la tierra y la región de los muertos estaban los
dioses terrestres y de la muerte, estos tenían apariencia
de hombres y animales.

—Don Juan, no le estoy entendiendo nada.

—Ah, qué niño tan despistado. Lo que te quiero decir es

que en mi pueblo vemos la vida y la muerte de diferente forma a como la ven en la Ciudad de México. Cada pueblo tiene una visión diferente; todos teníamos y tenemos diferentes creencias y vemos el ciclo de la vida de diferente manera.

—¿Entonces se regresa a su pueblo porque no le gusta cómo celebramos a los muertos en mi casa?

—No es eso, simplemente no quiero desprenderme de todo el rito y la tradición que aprendí desde pequeño, eso forma parte de los recuerdos que tengo con mi viejita.

Toñito se sorprendió y, aunque con mucha dificultad, comprendió lo que don Juan le intentaba decir. Continuaron con su largo viaje entre risas silenciosas y susurros para no interrumpir el sueño de los pasajeros que iban durmiendo. Al llegar al pueblo, los dos fueron a desayunar uchepos y un atolito de pinole para después ir a limpiar la casa antes de que les cayera la noche y no pudieran ir al panteón.

—Toñito, pasa con confianza, estás en tu casa. Seguramente a mi viejita le daría mucha felicidad conocerte, le gustaban mucho los niños; decía que sus risas y el ruido de sus zapatos les dan color a lugares.

—Seguramente yo le caería mal a usted, me volvería el favorito de la señora Arameni. —corrió y se acostó sobre un pequeño sillón.

—A lo mejor sí, por travieso.- Ambos rieron.- Descansa un rato, voy a limpiar la habitación para que tengamos dónde dormir. — y así, don Juan se llevó las maletas mientras que Toñito dormía. Luego de un rato el viejo despertó al niño para comer, en la mesa había dos platos con pacholas. De inmediato Toñito se levantó, lavó sus manos y se sentó a comer.

—Come con calma, nadie te persigue.

—Ay, si supiera lo rico que sabe comería igual de rápido que yo.



—¿Te gustó? Mi esposa me enseñó a cocinarlo, era nuestra comida favorita.

—En su ofrenda deberíamos poner un poco para ella, a lo mejor viene a visitarnos mañana. Pero oiga, don Juan, si dice que es diferente aquí en su pueblo a donde yo vivo ¿Cómo se celebra aquí y que hacen?

—Tu curiosidad siempre puede más que todo, ¿verdad? Bueno, aquí tenemos la creencia de que en la Noche de Muertos nuestros difuntos regresan en espíritu para estar con nosotros durante la velación nocturna.- El abuelo hizo una repentina pausa- Siento que al contarte todo esto te estoy dando un tipo de clase, es muy divertido. — Toñito y Juan empezaron a reír a carcajadas, mientras el señor terminaba de compartir sus conocimientos con el entusiasta infante.

Al salir hacia el mercado para comprar veladoras y flores, don Juan se encontró con un viejo amigo de la infancia,

Don Felipe. Él, muy dichoso lo abrazó y le expresó lo mucho que lo echaba de menos, ya que no tenía con quien ir a tomar urapi. Durante su camino, los señores recordaron viejos tiempos en los que ambos eran jóvenes y, junto con sus esposas, disfrutaban de las celebraciones del pueblo, la comida que solían hacer en los cumpleaños y, sobre todo, aquellas veladas frente a la fogata para ver las estrellas. Llegando al panteón, don Felipe los dejó y Toñito lo invadió de preguntas. Durante todo el camino la gente llevaba muchísimas flores y veladoras. Don Juan le explicó que era común que algunos pusieran altares en las tumbas, ya que acostumbran quedarse a velar en el panteón la noche en que las ánimas visitaban a su familia.

—¿Y las mariposas que representan? He visto a mucha gente que trae mariposas, nunca había visto algo así.

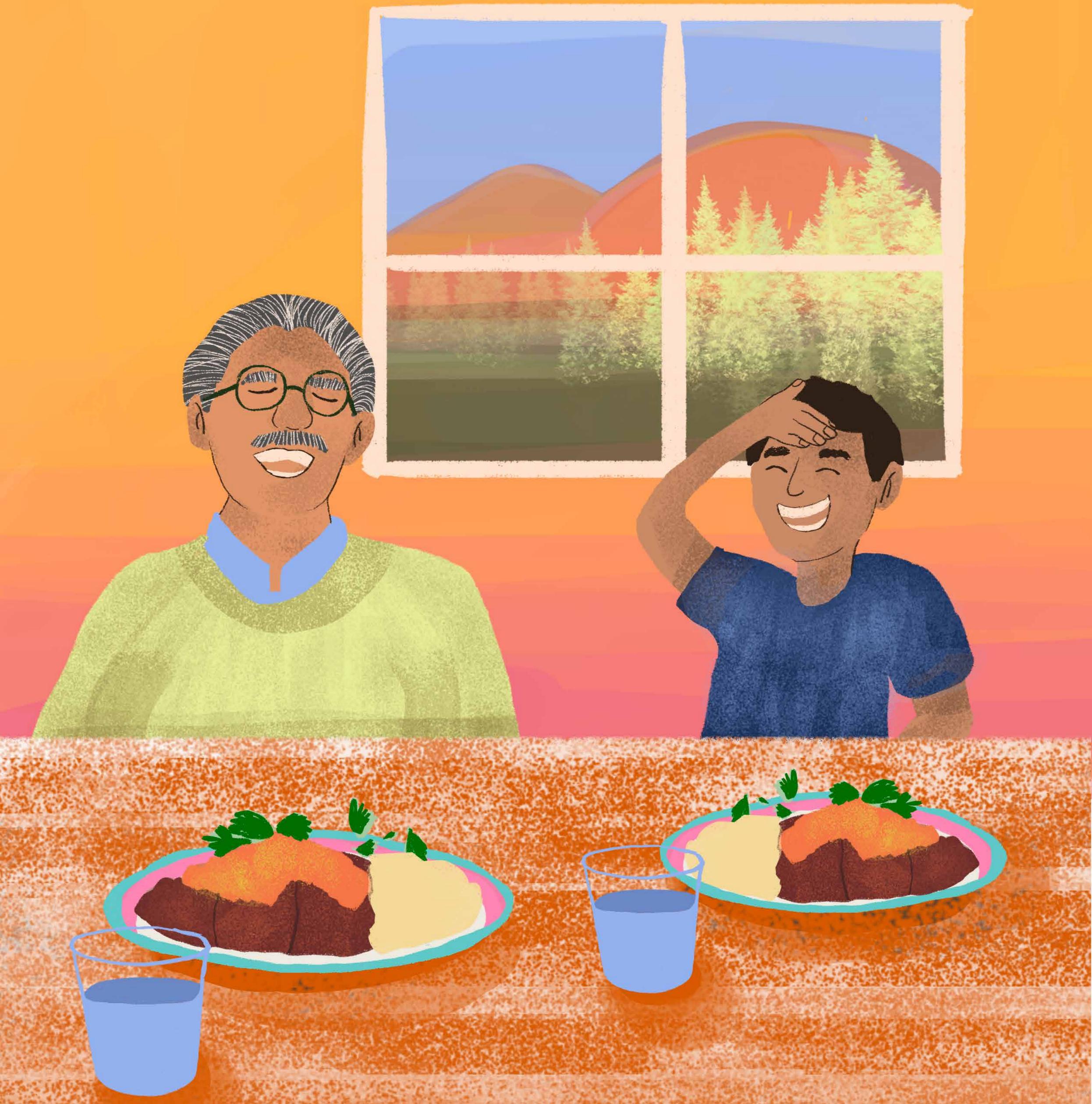
—Existe una leyenda que cuenta que estas mariposas son

las almas de los fieles difuntos que regresan para celebrar con los vivos, entonces en tributo a sus almas colocamos esas mariposas de papel.

La noche cayó, en la tumba de Arameni, había flores a montones, veladoras, pan, comida y una cruz de ceniza. El regreso de las almas que yacían en silencio (uirucumani) estaba por llegar pues, en su creencia la vida alcanzaba su fin con la muerte.

—Don Juan, gracias por quererme como su nieto, me hubiera gustado conocer a su esposa y poderle decir abuela. Deseo que se vuelvan a reencontrar y que me esperen para volvernos a ver.

Don Juan vagamente recordó que su esposa, antes de morir, le dijo que cuando alguien muere su alma sigue viviendo a pesar de ser sepultada, todo para volver a reunirse con sus seres queridos que aún no han muerto. Mientras hacía un viaje a otros tiempos, sintió a Toñito



recargado sobre su brazo; con una manta tapó al niño mientras que sus ojos aguados se llenaban de lágrimas que ya no podía contener, la imagen de Arameni se hacía cada vez más clara mientras él caía en un sueño profundo.



Soñado encuentro

A Pedro le encantaba visitar la orilla del río Samaría, el tranquilo correr del agua tranquilizaba su alma. Especialmente en esa tarde necesitaba relajarse; había discutido con su madre por lo que quería despejar su cabeza y relajar su corazón. En la cabeza del muchacho no dejaba de sonar aquella pelea:

—Hijo, necesito que me ayudes a conseguir las cosas para preparar la ofrenda. Esta vez nos tiene que quedar más bonita y grande porque también será para tu hermana. — dijo una entusiasmada Doña Juana.

—Yo no sé para qué tanto empeño en la ofrenda. Ni siquiera sé si de verdad vienen mi papá y Ana María. — contestó Pedro de mala gana.

—¿Qué nunca has soñado con tu papá?, ¿nunca te ha

venido a ver, ni te ha platicado lo que se le antoja para comer?

—No, mamá. No lo he soñado ni a él, ni a mi hermana. —
Respondió el chico con hartazgo.

— Bueno, eso te pasa porque tú no lo quieres creer, ni lo quieres ver, mijo. Yo sé que todavía te duele la partida de ambos. No es fácil, pero no podemos estar tristes o enojados por eso todo el tiempo. Además, esta es una tradición muy especial que debemos seguir. Siempre se ha hecho así en el pueblo. Este mes es para alegrarnos porque nuestros seres queridos regresan con nosotros. — La madre explicaba alzando la voz. Había notado la incredulidad y el enojo en la voz de su hijo, quería que entendiera la importancia de convivir con sus muertos, pero el adolescente se mantenía en una posición de incredulidad que la estaba molestando.

—Pues yo no le veo caso- gritó el muchacho- Ya me voy,

tengo cosas más importantes que hacer; no tengo hilos para el bordado de las tiras y necesito conseguirlo. No tengo tiempo para ofrendas, ni adornos, ni cosas que no van a pasar- Pedro salió de su casa; azotó la puerta y dejó a una sorprendida Juana. Ella no podía comprender ese ataque de rabia de su hijo.

El joven, de escasos 16 años, había tenido un carácter muy explosivo durante los últimos años, no sabía si era por la adolescencia, por su personalidad o por la pérdida que había sufrido. Vivía con su mamá, quien se dedicaba a hacer tiras bordadas para adornar trajes regionales y con ello lograba obtener ingresos para sostener a su pequeña familia. Hasta hace un año estaba también con ellos la hermana mayor de Pedro, Ana María; era casi 10 años mayor que él, pero llevaba una buena relación con su hermano menor; lamentablemente, ella contrajo una enfermedad que se complicó y terminó por quitarle la vida. Dado

que la hija mayor era quien apoyaba a su madre con los gastos de la casa, al fallecer, dejó un vacío que Pedro tuvo que llenar.

Fue muy difícil para el chico despedirse de otro ser querido; primero falleció su padre, don Josué, por una enfermedad que años después, cuando apenas aprendía a vivir con una pérdida, también le arrebató a Ana María, desde entonces el corazón del muchacho comenzó a agriarse, ya no era alegre, sino que comenzó a estar enojado todo el tiempo con todo el mundo. Extrañaba a su hermana, sus consejos, su apoyo, los ánimos que ella le daba para continuar con sus estudios. Le costaba entender por qué su familia tenía que pasar por cosas tan tristes ¿Por qué se fueron? Era injusto. Se sentía tan agobiado que, de cierta forma, las festividades de Día de Muertos solo lo deprimían más, no las odiaba, simplemente anhelaba ver de nuevo a sus familiares, quería que todo lo que se

decía fuera real. En las tradiciones de su pueblo se pensaba que los difuntos venían con sus familiares a festejar, pero él dejó de creer eso hace tiempo. El chico caminó un rato por el río Samaria, una vez que estuvo cerca de la orilla, se sentó en el pasto y se detuvo a contemplar el agua corriendo; se acercó un momento a la orilla disfrutando el entorno, el cielo empezaba a oscurecer por lo que el aire soplaba más fresco. Dentro de su cabeza pasaban tantas cosas cuando exclamó en voz alta:

—Ana, papá, ojalá estuvieran aquí. Quiero platicar con ustedes aunque sea una última vez. No me gusta participar de las costumbres del pueblo porque me ilusionó con volver a verlos, pero nunca pasa nada. Los extraño mucho. De verdad quiero que vengan a visitarnos a mamá y a mí, que comamos juntos, que hablen de nuevo conmigo.

—dijo un afligido Pedro. No hacía otra cosa que no fuera pensar en sus familiares, lo hizo hasta que el cansancio le

ganó y lo invitó a tomar una siesta; intentó mantenerse despierto con todas sus fuerzas, pero terminó por quedarse dormido a la tranquila orilla de ese río que le regalaba pequeños momentos de paz. Si le dijeran que ese sueño cambiaría su vida, el chico no lo hubiera creído; sin embargo, ese día vivió algo que no podría explicar aunque lo intentara.

Sentado cerca del río, Pedro miraba el correr del agua que se veía más tranquila de lo normal, el aire era frío y había caído la noche. La calma se sentía reinante y el único sonido que se escuchaba era el del viento soplando pacíficamente. El joven estaba relajándose en el lugar cuando una voz lo llamó.

—¿Pedro? Pedro, voltea.- Por un momento sintió algo de miedo, quiso creer que era su imaginación, pero la voz insistió nuevamente:

—Pedro, mírame.- El adolescente estaba a punto de

maldecir a lo que fuera que estuviera llamando tan insistentemente; sin embargo, al escuchar con atención se dio cuenta que la voz que lo llamaba era tranquila y que, de hecho, por alguna razón le parecía muy familiar; con mucha intriga y poco susto decidió voltear su cuerpo para encontrar a aquella persona que decía su nombre repetidas veces, lo que vio lo dejó totalmente asombrado. Frente a él estaba Ana Maria, su querida hermana. No podía creerlo, de verdad era ella. Tardó un momento en asimilar todo, y alcanzó a decir:

—¿Cómo es que estás aquí?

—Pues, es la temporada ideal. Mi papá y yo queremos estar nuevamente con nuestra familia. Los extrañamos tanto a ti y a mamá. —Le respondió Ana.

—Es broma, ¿no? Vienen a espantarme por incrédulo.

—No, hijo. —Se escuchó otra voz—No venimos a asustarte.— Mientras escuchaba otra voz detrás suyo, sintió una



mano sobre su hombro y, al voltear el rostro, observó una figura alta y robusta; era su padre, con la misma apariencia alegre que recordaba.

—¡Papá! —Exclamó Pedro, mientras su visión se llenaba de enormes lágrimas— Los extraño mucho ¿Por que no habían venido a verme en sueños?

—Porque te negabas a creer, mijo, y eso nos mantiene lejos. Sé que te duele que tu hermana y yo ya no estemos, no te gusta tener que hacerte a la idea de que ya no vamos a volver, pero nosotros jamás los dejamos solos. No pudimos vernos antes porque dejaste de tener fe, Pedro, pero esta vez lo deseaste con tantas fuerzas que pudimos venir a verte—terminó de explicar don Josué.

—Y no vinimos a asustarte, hermanito, para eso tendríamos que aparecer como sombras, sapos o algún otro animal enorme y negro. Sólo vinimos a tu sueño para avisarte que volveremos a inicios de noviembre. Estaremos

contigo y con mamá. —Mencionó la hermana de Pedro. —Ya se acerca el día de poner las ofrendas. Recuerdo el uliche de pavo que cocina tu mamá y el dulce de calabaza, ya los estoy saboreando.- Mencionó el padre de familia mientras frotaba alegremente sus manos. —Recuerdo que te gustaba mucho, papá. —Respondió Pedro al tiempo que soltaba una ligera risita sincera. No podía creer que en verdad estuviera viendo a quienestanto había anhelado. —¡Uy, si! A mí me gustaban mucho los tamales y el pozol. Seguramente los van a poner en la ofrenda, porque soy la hija favorita —bromeó Ana María mientras posaba sus brazos en la cadera. —Mamá se esfuerza mucho porque quiere que la ofrenda quede muy bonita para ustedes, pero no tenemos mucho dinero, siempre vamos al día y todavía nos queda por conseguir un montón de cosas para la ofrenda. —explicó

el más joven de los tres con un tono de voz apagado, no sabía si era vergüenza, tristeza o ambas.

—Lo sabemos, hijo. — don Josué contestó- Ayuda a tu mamá, ella te necesita, y confía, pronto vendrán buenas temporadas para las artesanías y los bordados. Ve a venderlas al centro de Nacajuca, ahí la venta es muy buena.- El adulto posó nuevamente su mano en el hombro de su hijo, quería darle ánimos a ese niño tan triste- Nosotros los queremos mucho a ti y a tu mamá, y estamos con ustedes siempre, pero este mes nos tendrán más cerca, ¿me oíste?- Ambos sonrieron, Pedro volvió a mirar a su padre y también a Ana Maria, quería decir más cosas, pero haría caso a sus palabras y esperaría su próxima vista.

En ese momento el chico despertó de aquel sueño, estaba un poco confundido, pero recordaba a la perfección las palabras de su padre y de su hermana. Ellos volverían y él tenía que preparar todo para recibirlos. Se levantó de

prisa y corrió lo más rápido que pudo hasta su casa, debía encontrarse con su madre y contarle de aquel sueño. Mientras tanto, doña Juana estaba concentrada trabajando en su bordado, cuando su hijo llegó exaltado a su hogar.

—¡Mamá!- gritó el muchacho- Mamá, ya lo creo ahora. Tengo que contarte esto.

—¿Qué pasa, Pedro? ¿Por qué vienes tan agitado?

—Acabo de soñar con Ana y con mi papá.- Pedro vio los ojos sorprendidos de su madre. No la culpaba- Fui un rato al río para relajarme por nuestra discusión de hoy, pero me quedé dormido y, entonces, los vi en mi sueño. Se veían tan reales. Me dijeron muchas cosas.- Pedro notó cómo su madre esbozaba una pequeña sonrisa.

—¿Ahora ya lo crees? Te dije que ellos sí vienen. Días antes de su llegada los podemos ver en sueños, porque ese es su modo de avisar que están cerca, que ya vienen en

camino para la celebración del Día de Muertos. Aquí en el pueblo lo saben; la gente ve a sus muertos y platica con ellos.

—Sí, mamá, por fin lo creo. Al principio creí que querían asustarme, pero me dijeron que no, que solo querían pedirme no olvidar nuestra tradición y participar de ella porque ese es el modo de volver a estar con ellos, al menos durante este mes. Yo me acordaba que la vecina contaba que había visto a sus muertos en forma de sapos que saltaban de un lado a otro y que, en otras ocasiones, veía sombras negras que la asustaban.

—Pues sí, su familia tampoco creía mucho ni participaban en esto hasta que los muertos los asustaron. Tu papá y tu hermana no querían eso, solo vinieron a platicar contigo. —le explicó doña Juana a su hijo. Le acarició la mejilla y observó cómo sonreía, hace tanto que había dejado de hacerlo. Definitivamente ese sueño le devolvió la fe que tanto buscaba.

—Bueno, ¿y cuándo ponemos la ofrenda? —preguntó un entusiasmado Pedro.

—Esta semana, pero primero necesito que lleves a vender los bordados; con lo que ganes podemos comprar las cosas que nos faltan.

—Mi papá dijo que quería uliche de pavo y su dulce de calabaza, te lo juro, y Ana María quiere tamales.

—Te ves más animado, hijo. No te preocupes, yo me encargo de prepararles todo eso. — dijo la madre con tono alegre.

Durante los siguientes días Pedro cambió su actitud, estaba mucho más animado. Temprano iba al centro del pueblo para vender los bordados hechos por su mamá, y, tal como su padre le dijo, consiguió suficiente dinero para poder hacer una bonita ofrenda para sus familiares; mientras tanto, doña Juana, miraba con alegría a su hijo, después de tanto tiempo volvió a cooperar con gusto en las tradiciones de su pueblo.

Así transcurrió el tiempo hasta que, finalmente, el esperado día llegó. El muchacho estaba más que encantado; se levantó muy temprano para ayudar a su madre a preparar el altar para la ofrenda de sus familiares; primero pusieron las palmas y hojas de plátano sobre una mesita de madera; después colocaron los alimentos, doña Juana preparó el tradicional uliche de pavo, sabía tan rico y estaba hecho con tanto cariño; por su parte, Pedro ayudó a poner el pozol, los tamales y unas frutas de temporada que había comprado; finalmente colocaron el dulce de calabaza, otro delicioso platillo que a don Josué y a Ana María les encantaba comer. Una vez que estuvieron listas las ofrendas, llegaron los “mayordomos” o “patrones”, señores de edad avanzada que eran los herederos culturales de la comunidad chontal de Nacajuca, para hacer el ofrecimiento.

Comenzaban a hacer rezos en su lengua, mientras el aroma a incienso y las velas de cebo inundaban el lugar. La celebración era todo un ritual en el cual se hacían presentes costumbres ancestrales, misticismo y la deliciosa gastronomía prehispánica. En los altares de las ofrendas se colocaba un costal con su mecapal de henequén donde se ponían frutas para que los difuntos pudieran llevarlas; asimismo se ponían también unos troncos que servían para que las almas descansaran mientras disfrutaban de los platillos.

Pedro se sintió muy feliz ese día por participar en la tradición de su pueblo y de poder comprender un poco mejor su significado, pues ahora no solo era algo importante a nivel cultural, sino que simbolizaba un momento especial en el que él podría acercarse de nuevo a sus seres queridos y hacerles un homenaje. Aquella noche el muchacho dormía tan profundamente que uno pensaría que no

pasaba absolutamente nada en su cabeza, pero la verdad estaba recibiendo visitas especiales:

—¡Hermanito! —Era la voz de Ana María. Pedro la vio nuevamente. —Quiero agradecerte por la ofrenda tan bonita que hiciste junto con mamá. Te quiero mucho y que, aunque no puedas verme siempre, yo siempre te seguiré apoyando. Todo va a mejorar. Vas a lograr lo que te propongas y podrías intentar volver a la escuela. Les irá muy bien a ti y a mamá. —Le aseguró a su hermano menor.

—Así es, hijo. Es muy importante que apoyes a tu madre y que, sobre todo, no dejes de lado las bonitas tradiciones de nuestro pueblo. Recuerda que es el modo en que podemos volver a reunirnos. Tu hermana y yo volveremos a visitarte a ti y a tu mamá en sueños unos días antes de que llegue la celebración de Día de Muertos para recordarles que estamos en camino para reunirnos con ustedes.



—Lo entiendo, les prometo que con mucho gusto prepararé la ofrenda junto a mamá cada año y no volveré a olvidar nuestras tradiciones, ni a ustedes. —dijo Pedro a sus familiares.

Fue así como Pedro tuvo su soñado encuentro. A partir de ese entonces, durante esas fechas, Pedro sueña con su padre y con su hermana para platicar con ellos. Justo como se cuenta entre la gente de la comunidad chontal en Tabasco.



Los viejos

Hacía mucho tiempo que Jesús no visitaba a su abuelito, don Domingo. La última vez que habían estado en Pan-tepec él era un pequeño de 10 años, ahora ya tiene 14. Sus papás eran originarios de esa comunidad, pero por cuestiones laborales se habían mudado a la Ciudad de México cuando él era más pequeño y, quizás por eso, no recordaba mucho del lugar, no obstante nada de eso impidió que el amor que el chico le tenía a su abuelo se esfumara jamás; de hecho, hoy regresaban a dicho pueblo por lo que la emoción y sorpresa eran grandes; apenas llegaron a casa del abuelo este los saludó con mucho gusto. Don Domingo, estaba contento.

—¡Jesús! Por poco y ya no te reconozco, sino es porque vienen atrás tus papás y tu hermanita.

—Abuelito, qué gusto verte. Hacía ya muchos años que no estábamos aquí, pero por fin se nos hizo regresar. — dijo Jesús, contento por ver a su querido abuelo.

—Sí, ya pasó mucho tiempo. Ojalá nos recuerdes a todos, porque aquí la familia, no se olvida de ustedes.

—Ni nosotros los olvidamos. Me da mucho gusto poder verlos de nuevo a ti, a mis tíos y primos, solo hace falta mi abuelita Sol. Los recuerdo mucho a los dos.

—Sí, hijo. Se le extraña mucho a tu abuela, pero justo vamos a recibir su visita estos días. Desde hace una semana tus tíos y primos están preparando todo para la ofrenda, y yo me estoy preparando para la danza de los viejos.

—¿La danza de los viejos?, ¿cuál es esa? Como sea, yo también les quiero ayudar a preparar la ofrenda. Mi mamá también me dijo que habrá una fiesta mañana, muy larga.

—Sí, es una de nuestras tradiciones, ya está todo organizado también, pero mañana lo sabrás, hoy ya es tarde,



hay que descansar porque le tocará un día largo a toda la familia.

Todos se fueron a dormir temprano ese día porque a la mañana siguiente, el 31 de octubre, se encontraron con una jornada larguísima, aunque interesante y alegre después de todo. Las actividades iniciaron temprano, Jesús estaba muy emocionado por saludar a toda su familia y convivir con ellos después de años; desayunaron felices y, entre charla y risas, comenzaron a prepararse para su fiesta nocturna.

—Mamá, ¿qué vamos a hacer hoy? —preguntó Jesús a su madre. Él tenía muchas ganas de participar, aunque no conocía bien la tradición y, por ende, no sabía con exactitud por dónde comenzar.

—Pues ahorita hay que poner el altar, puedes empezar acomodando todo junto a tus primos y así terminamos este pendiente. Tu hermana y yo vamos a estar con tus

tías preparando la comida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.- Asintió el chico a las indicaciones anteriores- ¿Pero dónde está mi abuelo? Tengo muchas ganas de platicar con él para que me cuente todas sus historias, también le quiero platicar cómo es la ciudad.

—Se fue con tu papá junto con los otros señores del pueblo; van a organizarse para la danza, te lo dijo ayer, ¿te acuerdas? Mientras apurate con la ofrenda para que cuando lleguen puedas hablar con él antes de la fiesta.

—Está bien, mamá. Mientras voy con mis primos. Me voy a apurar.

Así Jesús estuvo ayudando a su familia toda la tarde; organizó y puso el altar en donde harían su celebración. Todavía no entendía sobre la fiesta de esa noche, pero conocía la tradición de la ofrenda gracias a su difunta abuela, doña Soledad; el niño estaba intrigado, pero al mismo tiempo estaba feliz por los momentos que pasaba en familia, eso

pensaba al tiempo que escuchaba varias anécdotas por parte de sus primos.

—Mira, toda la semana preparamos lo que se iba a ocupar para la ofrenda; trajimos muchas frutas, cortamos las flores, y fuimos a la siembra, en un rato más van a matar un guajolote para que las mujeres preparen los tamales. —le dijo su primo Juan, quien ya conocía bien todo el proceso de la tradición el pueblo.

—Allá en la ciudad también ponemos ofrenda, pero es pequeña y está en una mesita en la casa. Mi mamá siempre dice que extraña mucho toda la fiesta que se hace aquí, pero que es mucho trabajo y muchas cosas que ella sola no puede hacer allá ¿Qué tanto se pone aquí en la ofrenda?

—Pues ya viste hace rato; primero ponemos una mesa en la estancia principal de la casa, tiene que quedar frente a la entrada, ahí sobre la mesa se pone un armazón de

carrizo que llega hasta el techo, luego ponemos tela para el fondo, también le ponemos su techito; se pone un mantel, que sea de bordados de flores y animales, muy colorido y sobre ese ponemos todos los platillos, después vienen las frutas: la papaya, naranja y plátanos porque es lo que sembramos aquí, ya al final les ponemos su pan de muerto con su café, también les hacemos su arco con flores de cempasúchil y mano de león, queda bien bonita. Nombre, lo mejor de todo es la comida, especialmente los tamales de mole y carne de puerco. Son deliciosos. — exclamó su primo.

—Ah, ¿y esos tamales los compran?

—¿Cómo crees? Esos los van a preparar las mujeres, se quedan toda la noche cocinando porque es mucha preparación. Hace unos días, yo le conseguí los chiles y la pepita a mi mamá, para el pascal. Al rato empiezan a hacerlos.



—¿Van a cocinar de noche?, ¿que no van a dormir?

—Jaja, no primo. Esta noche no duerme nadie, pero ni sueño te va a dar. Te va a gustar la fiesta, ya verás.- Así, continuaron poniendo la ofrenda para su abuelita, sobra decir que quedó grande y hermosa.

Por la tarde, cuando casi habían terminado de montar la ofrenda, los varones se tomaron un descanso y, en eso, llegó don Domingo junto al papá de Jesús, habían estado ensayando porque iban a ser los encargados de tocar los sones durante la danza.

—Abuelo, ya ni te encontré en la mañana, tengo muchas ganas de platicar contigo; te iba a preguntar muchas cosas, pero ya mis primos me platicaron de la fiesta de hoy.

—le dijo Jesús a su abuelo

—Me levanté más temprano, hijo. Tenía un poco de tiempo que no tocaba el violín, lo afiné, lo limpie y quedó listo para tocar hoy. Tu papá también sabe tocarlo, ¿apoco nunca te enseñó?

—No, pero sí me gustaría aprender. He visto que papá tiene su violín, pero casi no lo usa. —respondió Jesús— ¿Me enseñas?

—Claro, pero tienes que entender y conocer nuestra tradición para que, cuando te toque ser uno de los viejos, toques bien precioso.

—Explícame cómo es eso, abuelo.

—Bueno, así les decimos aquí. Esta noche saldremos los viejos a bailar. Nos estuvimos organizando para saber quiénes van a bailar y quienes tocaremos los sones tradicionales. Nosotros decimos que los viejos somos un reemplazo de los difuntos.

—Bueno, tú vas a tocar el violín, ¿pero quiénes van a bailar?

—Pues otros viejos, como don Cruz y don Pancho, somos los que participamos. Nada más puros señores ya mayores, no vienen los jóvenes porque nosotros somos los que

sabemos bien nuestra lengua; tenemos que hacer los diálogos del baile en totonaco. Así tiene que ser la tradición, pero tú y tus primos ya tendrán que aprender para cuando les toque a ustedes participar en la danza.

—¿Entonces sólo participan los hombres mayores? —Jesús aún tenía varias dudas y mucha curiosidad

—Así es, los viejos salimos a danzar mientras las mujeres están preparando tamales; vamos a todas las casas a bailar junto a la ofrenda y con eso también ayudamos a que las personas no se queden dormidas. En un rato más van a venir a la casa los demás, traerán refino y yo les voy a dar la música. Vamos a bailar hoy, 31 de octubre, y mañana, primero de noviembre.- Jesús reflexionó esto al tiempo que la emoción crecía en su corazón; ansiaba el inicio del festejo porque aunque brevemente él había vivido con sus padres y su hermana en Pantepec, no recordaba mucho de esas tradiciones, escuchar todas las anécdotas de sus familiares le causaba mucha intriga.

Por fin llegó el momento, toda la familia estaba reunida en torno al altar puesto tanto a la abuela como a los demás fallecidos, se compartían recuerdos y se hablaba del inmenso amor que les guardaban; el ambiente era ameno, pero faltaba la mejor parte. Entrada la noche llegó un grupo de señores a casa de don Domingo, eran los viejos que venían a danzar, se reunieron junto con todos los demás alrededor de la ofrenda; don Domingo tocaba su violín junto con otros dos señores, otros más venían sahumando con una copalera, limpiaban a la gente o la curaban, así los prevenían de no “agarrar un aire” en el carnaval que hacen durante el mes de febrero, pues en tales fechas la gente dice que hay mucho “aire malo”, luego entraron dos parejas de hombres disfrazados, uno de mujer, otro de hombre; caminaban, bailaban en una postura encorvada y entablaban un diálogo entre ellos en la lengua totonaca; los que interpretaban al hombre

vestían calzón, camisa de manta, botín negro, tenían una joroba hecha de trapo y un sombrero; los que interpretaban a la mujer traían naguas, quechquemetl y huarache. Su ropa debía ser de apariencia vieja, remendada; ambos personajes se cubrían la cabeza con un trapo al que le perforaban orificios para los ojos, la boca y les pintaban cejas; los hombres, además, se pintaban también barba y bigote, cargaban también un bastón alto que simula una coa para plantar. Llegaron preguntando al mayor de los tíos de Jesús si podían pasar, él contestó que sí. Había muchas risas y alegría en la casa esa noche. La mamá de Jesús, junto con sus tías, ofreció refino a los viejos, quienes tomaban al mismo tiempo que bailaban y pronunciaban lo siguiente:

—¿Qué vamos a sembrar?

—Aquí vamos a sembrar cebollas, ajos.

—¿Qué vamos a sembrar?

—Aquí vamos a sembrar eso, pero tócame un son para empezar.

También, entre las parejas que bailaban se decían:

—Calushtic, comadre, calushtic. —mencionaba el viejo a la vieja. Bailaron así un rato, en total fueron siete sones, después los viejos continuaron su recorrido por las casas de sus vecinos. Esa noche fue muy curiosa, el ambiente era ameno, todos convivían y platicaban. Jesús estaba sorprendido porque en la ciudad no se veía algo similar. Había otras costumbres, pero ninguna le había gustado como esta.

—¡Qué bonita tradición! Yo quisiera poder aprender más al respecto, poder aprender a tocar el violín y la lengua totonaca para poder participar algún día, así como mi abuelo, en la danza de los viejos. —pensaba el niño. Aunque, después de unos días regresaría a su casa en la ciudad, creyó que sería una buena idea regresar cada año a

Pantepec para la celebración del día de muertos o, si era posible, más seguido; por lo pronto, empezaría a tocar el violín y buscaría el modo de aprender totonaco, sólo conocía algunas palabras, pero su objetivo ahora era dominarlo para poder ser partícipe de las tradiciones de su pueblo de origen. Faltaban unos años, pero el chico estaba más que entusiasmado.





Glosario

Aakame (voz yaqui): víbora de cascabel.

Acateca (voz maya): Traje tradicional propio del pueblo acateco, se compone de dos piezas: un huipil blanco con bordado de flores y una falda de color azul con bordados de animales y fauna típica.

Achai (Voz yaqui): Papá.

Anayansi (voz maya): La puerta de la felicidad.

Arameni (voz purépecha): Guardián del agua, la que protege el agua.

Avándaro (voz tarasca): Parte del universo correspondiente al firmamento.

Balché (voz maya): Significa “vino sagrado”, es un licor obtenido de la corteza de un árbol y el saká. Este producto es utilizado en ofrendas para pedir al dios Chaak por la lluvia y los animales.



Calushtic (voz totonaca): Baila, báilele.

Carcaj: Aljaba. Bolsa de piel que se usa para guardar flechas.

Chichán Pixán (Voz maya): Alma chiquita. Refiere a los niños difuntos. Su fiesta se celebra el 31 de octubre.

Cumiehchúcuaro (voz tarasca): Parte del universo correspondiente al inframundo.

Danza de los viejos: Recibe también el nombre de “danza de los viejitos”. Baile originario de Michoacán, con orígenes prehispánicos.

Echerendo (voz tarasca): Parte del universo correspondiente a la tierra.

Guamúchil (voz náhuatl): Vaina con esferas blancas de sabor dulce con toques amargos.

Hanal Pixán (voz maya): Significa “comida de las ánimas”, es la fiesta tradicional maya del día de muertos, se celebra del 31 de octubre al dos de noviembre.



Hipil (voz maya): Vestido típico de Yucatán, puede tener bordados.

Huey Miccailhuitl (voz náhuatl): Gran fiesta de los muertos.

Ixchel (voz maya): Significa “Mujer arcoiris”, es el nombre de la diosa maya del amor, la gestación y la luna.

Ketzaly (voz maya): Mujer hermosa.

Maala (voz yaqui): Mamá.

Matachines: Es la danza tradicional que se baila en la región norte del país; tiene posible origen prehispánico y carácter religioso.

Mecapal/ Mecapalli (voz náhuatl): banda de algodón o petate que se sujeta por dos cuerdas, se usa para cargar.

Miccailhuitontli (voz náhuatl): Muertecitos. Fiesta de los niños difuntos.

Nicté (voz maya): Flor.

Nohoch Pixán (voz maya): “Alma grande”, es la fiesta de



los adultos difuntos. Se celebra el primero de noviembre.

Pib (voz maya): También llamado “mucbipollo”; es un tamal hecho de masa de harina de maíz, se rellena con carne de pollo o cerdo, se condimenta con tomate y chile, se envuelve en hojas de plátano, y se guisa en horno de leña o en un hueco en la tierra, “enterrado”.

Quechquemetl/ quechquémitl (voz náhuatl): Prenda de lana usada por los pueblos otomíes, huastecos, totonacos y mayas.

Sewa ania (voz yaqui): Mundo flor. Es el lugar que simboliza la armonía del mundo.

Solar: Espacio que los yaquis conservan para la vida en comunidad, usualmente ocupado por dos o más familias nucleares, es decir: abuelos, padres e hijos.

Tolosanto (voz yaqui): Fiesta del día de los muertos originaria del sur de Sonora.

Uirucumani (voz purépecha): Morirse, yacer en silencio.



Uchepo (voz purépecha): Tamal de elote.

Uliche (voz chontal): También se conoce como **chulkab** (caldo bendito); es un mole que se pone en las ofrendas chontales de Tabasco.

Wakabaqui (voz yaqui): Caldo tradicional Yoeme con sabor fuerte.

Xec (voz maya): Ensalada de naranja, mandarina, jícama, toronja y chile molido.

Xpujuc (voz maya): Flores amarillas de tipo silvestre.



Bibliografía

- “Acatecos de Guerrero (El traje tradicional indígena) (web), en: gob.mx/inpi/articulos/acatecos-de-guerrero-el-traje-tradicional-indigena (Consultado el 10 de octubre de 2022, 11:39 a.m.).
- “¿Cuál es el origen e historia de la danza de los viejitos?” (web), en: Revista Milenio, milenio.com/cultura/danza-de-los-viejitos-origen-e-historia (Consultado el 10 de octubre de 2022, 11:26 a.m.).
- “Diosa maya Ixchel” (web), en: yucatanoday.com/diosa-maya-ixchel (Consultado el 10 de octubre de 2022, 12:09 p.m.)
- “El quechquémítl, una de las últimas prendas de origen prehispánico” (web), en: mexicodesconocido.com.mx/el-quechquemitl-una-de-las-ultimas-prendas-de-origen-prehispanico (Consultado el 10 de octubre de 2022, 12:22 p.m.).
- “Guamúchil, la dulce vaina silvestre mexicana que casi nadie conoce” (web), en: mexicodesconocido.com.mx/guamuchil-dulce-vaina-silvestre-mexicana (Consultado el 10 de octubre de 2022, 11:24 a.m.).

- 
- 
- “Hanal Pixán” (web), en: yucatan.gob.mx/?p=hanal_pixan (Consultado el 10 de octubre de 2022, 11:47 a.m.).
 - “Huey Miccailhuitl” (web), en: Gran Diccionario Náhuatl, gdn.iib.unam.mx/diccionario/huey+miccailhuitl (Consultado el 10 de octubre de 2022, 12:12 p.m.).
 - “La festividad indígena dedicada a los muertos en México”, en: Cuadernos de Patrimonio Cultural y Turismo, num. 16. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Coordinación Nacional de Patrimonio Cultural y Turismo: México, 2006.
 - “Los matachines” (web), en: balletfolkloricodemexico.com.mx/portfolio_page/los-matachines (Consultado el 10 de octubre de 2022, 12: 26 p.m.).
 - “Recuerdan al ánima chiquita o Chichán Pixán” (web), en: Yucatán ahora! Diario local independiente, yucatanahora.mx/recuerdan-al-anima-chiquita-o-chichan-pixan (Consultado el 10 de octubre de 2022, 11:33 a.m.).

- “Tolosanto, Ceremonia yaqui de Día de Muertos” (web), en: gob.mx/inpi/es/agenda/tolosanto-ceremonia-yaqui-de-dia-de-muertos (Consultado el 10 de octubre de 2022, 12:44 p.m.).
- “Uliche: el mole prehispánico de Tabasco dedicado a los muertos” (web), en: mexicodesconocido.com.mx/uliche-el-mole-prehispanico-de-tabasco-dedicado-a-los-muertos (Consultado el 10 de octubre de 2022, 12: 36 p.m.).
- “Guacavaqui o Wakabaki, el platillo tradicional Yoreme que cura el alma” (web), en: mxcity.mx/2021/11/guacavaqui-o-wakabaki-el-platillo-tradicional-yoreme-que-cura-el-alma” (Consultado el 10 de octubre de 2022, 12: 41 p.m.).
- Morante López, Rubén. “El mecapal. Genial invento prehispánico” (web), en: Arqueología Mexicana, arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/el-mecapal-genial-invento-prehispanico (Consultado el 10 de octubre de 2022, 01:01 p.m.).
- Serrano, Carlos. “Hanal Pixán: Celebraciones maya de día de muertos” (web), en: blog.xcaret.com/es/hanal-pixan-celebraciones-mayas-dia-de-muertos (Consultado el 10 de octubre de 2022, 11:59 a.m.)

- 
- 
- Sierra Carrillo, Dora. “La muerte entre los tarascos” (web), en: Arqueología mexicana, arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/la-muerte-entre-los-tarascos (Consultado el 10 de octubre de 2022, 11:30 a.m.).
 - Zamarrón, José Luis Moctezuma. “Lengua y cultura como factores de resistencia e identidad étnica yaquis”, en: Enfoques. [macampos,+07-ENFOQUES-Lengua+y+cultura+como+factores+de+resistencia+e+identidad+%C3%A9tnica+yaquis](https://doi.org/10.24201/ENFOQUES-Lengua+y+cultura+como+factores+de+resistencia+e+identidad+%C3%A9tnica+yaquis) (Consultado el 10 de octubre de 2022, 12:32 p.m.).



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

INPI
INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



México, 2022

